
Higinio MARÍN, *Humano, todavía humano*, Madrid: La Huerta Grande, 2021, 177 pp., 12 x 20, ISBN 978-8417118976.

Como el mismo autor nos dice en la introducción, se trata de “una veintena de intentos breves –y sonrientes, a veces–, de abordar comprensivamente la vida y el mundo en el que vivimos. Son incursiones de francotirador afrontadas con libertad de no arrastrar la impedimenta académica, pero pensadas y escritas con el apremio del saber que forma parte de la suerte que corremos en la vida lo que comprendemos de ella” (p. 18).

Habla en primer lugar, y no por primera vez, sobre los lugares comunes: la casa,

la playa, los árboles, alrededor del mundo, la isla del tesoro; el último epígrafe de este primer capítulo corresponde con la pregunta con la que Aldous Huxley impartió una de sus conferencias en la Universidad de California en el año 1959: ¿por qué son preciosas las piedras preciosas?

Sobre *la casa* como lugar común, nos cuenta lo que hizo que la casa sea hogar, a saber, la domesticación del fuego. Si controlas el fuego puede que la casa no sea una cueva donde refugiarse de la oscuridad, el frío y las bestias, sino que sea un hogar,

algo donde hay luz, calor, defensa... electricidad, comodidad... intimidad. Pero no sólo está en juego el papel del fuego en la invención de la casa, sino los cuatro elementos de Empédocles: Tierra, agua, aire y fuego, que “simbolizan desde el principio de nuestra historia al universo” (p. 22). Gracias a esos cuatro elementos el autor describe los cuatro hábitos que hacen del hombre habitante y del espacio habitación, hogar: la comida, el sueño, el baño y la conversación.

La playa es lugar común, no por las razones que a simple vista parecen obvias para el hombre de hoy, sino porque allí, los cuatro elementos confluyen de modo singular. El autor hace hincapié en la piel. Mientras que los animales y el resto de los seres huyen de las inclemencias del tiempo en la playa, el ser humano se pone a tiro con su piel para “entrar en contacto con el agua, el calor y el viento con una inmediatez tan estrecha que se opera una cierta reducción interior a lo elemental” (p. 30).

Los árboles. Hace el autor un parangón muy original entre los árboles y el idioma (un idioma antiguo). La cantidad y la fuerza de los árboles en el mundo es como si nos hablaran de la fuerza y de la salud del planeta, “porque los árboles son el lenguaje de la tierra de la que surgen y en la que se expresan y hacen visibles” (p. 36). Los árboles son el idioma en el que los cuatro elementos hacen un equilibrio de vida robusta, pero también frágil. Dependiendo de la cantidad y las variantes que juegan los cuatro elementos en los árboles, aparecen en el planeta escenarios diversos. Mirar los árboles es escuchar de alguna manera nuestro universo, nuestro espacio, nuestro planeta. “Adentrarse en ese espacio es como ingresar en la zona paciente y sabia de la existencia donde los acontecimientos se contemplan sin agitación ni indiferencia” (p. 37). Entre esos acontecimientos el autor hace un guiño al acontecimiento más singular de la historia, el de un Dios vulne-

rable y clavado en el árbol de la Cruz, es decir, “en la madera muerta y convertida en instrumento de muerte, pero de la que rebrota la vida” (p. 37).

En el capítulo dos el autor entra de lleno en algo más antropológico, aunque a mi juicio todo es antropología en este libro. Lo titula el oficio de la humanidad, y en él habla de la amistad, la piel, la intimidad, la afectividad, la fatalidad, y también, sobre... “la primera vez”. Muy sumariamente refiero algunas palabras sobre el último epígrafe “la primera vez”. Y es que con ello se refiere el autor a los actos libres, al fin y al cabo, que son aquellos en los que hay un aporte personal, que es lo novedoso. La novedad es cada persona, y se concreta en sus acciones libres personales. “Ser libre es poder volver a empezar siempre, porque cada acto agraciado o desgraciado de suficiente entidad tiene algo de inaugural y de original, aunque no sea por originalidad sino por originación en el principio de la novedad: la libertad” (p. 97). En este sentido, me parecería más radical y preciso que más que los actos libres, más que la libertad, lo más novedoso, lo que empieza por primera vez es, me atrevería a sugerirle al autor, que perdone mi osadía, cada criatura personal, cada quién, sujeto a su vez, eso sí, de actos libres.

A estos dos primeros capítulos ya mencionados se suman otros dos de deliciosa lectura: *Vida y Obra*, donde se habla de la vocación, la feliz rutina, el pasar de la vida, la presencia, la originalidad y la imitación; y el último que lleva por título *Fuerzas de flaquezas*, con un contenido más moral que antropológico. Los temas en los que se puede recrear el lector con este último capítulo versan sobre la alabanza, contra la envidia, el espejito mágico, lo viejo y lo nuevo, épica y lírica y zapatos de tacón. Con este último epígrafe el autor habla de la confianza de la sostenibilidad del cuerpo desde los seres humanos más antiguos hasta el hombre de hoy: “Ser un cuerpo vul-

RESEÑAS

nerable y, sin embargo, andar sobre zapatos de tacón es disfrutar de una confianza apabullante, como apabullante resultaba la confiada indefensión con la que Julio César deambulaba por la ciudad sobre la que gobernaba. Era un escándalo, (...) que un dictador pudiera vivir sin miedo. Y es

un escándalo zoológico y social calzar unos zapatos que elevan sin permitir huir” (p. 173).

Alberto Sánchez León
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.55.1.240